

maestro, poniendo al lector en contacto con el ambiente artístico en que se desenvolvió la vida de este prodigioso mago de la plástica y del color. Romera, artista de fina y auténtica raigambre, se deleita describiéndonos el ambiente en que se desarrollan las actividades del maestro. Duques, príncipes y reyes le dan a Rubens, dinero y gloria. Es la vida del predestinado a quien nimba el resplandor de la fama su frente de triunfador que conoce todos los halagos de la suerte que viene a buscarlo sumisa. No es este el tipo del artista torturado que vive y muere en su rincón de incomprendido. María de Médicis, el duque Mantua y todos los personajes más célebres de su tiempo, rinden su tributo de admiración a la pintura rubensiana inspirada en el ambiente y en la vida misma de Flandes, Romera en uno de los pasajes de su interesante estudio lo dice:

«Es indudable que la obra del pintor Pedro Pablo Rubens, es un reflejo exacto de su siglo y de su Flandes natal. No vayáis a buscar en ella un profundo sentido espiritual, porque no lo encontraréis. Ya hemos visto de qué manera Rubens se siente empujado por las brisas amables de las tierras bajas. Y es que cualquiera que sea la luz que ilumine sus cuadros, la sensual y pagana Italia, o la hermética y severa España, lleva en ello su estilo personalísimo, el estilo que a su vez no puede ser otra cosa que lo que se ha convenido en llamar con respecto a este pintor lo nórdico. El estilo de las masas que, en Rubens, más que en ningún otro artista de Flandes y de los Países Bajos, llega a su máxima expresión. Comprendiendo este ambiente comprenderemos la pintura rubensiana».

El libro de Romera editado por Poseydón trae 52 reproducciones en negro y 3 en color de los cuadros de Rubens.

<https://doi.org/10.29393/At237-26TPDI10026>

TIERRAS DE PEDRO RAMÍREZ

Rafael Fernández Rodríguez, es uno de esos escritores espontáneos que no pueden escribir sino en el momento en

que la presencia de los motivos que revolucionan su sensibilidad, hacen que su pluma corra fácil y adquiriera toda esa cautivadora y subyugante atracción de quien está delante de los acontecimientos al trasladarlos con palpitante y fuerte sensación de vida, a las páginas de un libro.

Leyendo éstas páginas de Rafael Fernández, no sé por qué hemos recordado una de las Sonatas de don Ramón, en las cuales éste describe la llegada a su tierra. No quiero decir con esto que el autor de «Tierras de Pedro Ramírez» tenga algo que ver con aquello que acabo de citar, sino que la sensación artística une al lector con ambos escritores, en una sola impresión estética de primera calidad.

Porque hay que decir que Fernández Rodríguez es un poeta de la más delicada y fina expresión. El amor a su tierra lo hace convertirse en un peregrino que marcha maravillado ante el paisaje, ante el hombre que lo habita y le da un acento original con sus costumbres, con sus supersticiones y con todo ese sabor de cosa auténtica que tiene olor a la tierra, a su comida, a sus flores rústicas, a la risa de sus mujeres y a las palabras ásperas que, sin embargo, tienen algo de caricia en el oído de quien las escucha con amor.

Llega el autor de este libro a sus querencias, como decimos aquí en Chile y, entonces, comienza a sentir que el desfile de imágenes y de acontecimientos que evocan el pasado acuden a su mente en un desfile maravilloso. Ya sea el barquero del Rapel que lo acoge con su sonrisa de bienvenida, o el hombre de la montaña que le cuenta una conseja, mientras el viento susurra sus dulces baladas nostálgicas en el atardecer de las tierras colchagüinas.

Campeños, mineros, pescadores, brujos y bolicheros que se asoman al camino para saludar a los viandantes con su característica manera, tienen en el libro de Rafael Fernández un eco de simpatía, un latido humano, un nexo que los une con la tierra y con todos aquellos acontecimientos, en que se siente

que la vida de los seres a quienes amamos van caminando sobre nuestro corazón en una ronda de afectos.

Y esto sólo puede ocurrirle a un escritor como Rafael Fernández que llega a su tierra, para identificarse con todo lo que hay en ella, para beber la substancia de sus costumbres y de este modo autoctonizar en su expresión literaria lo más típico y lo más sabroso que hay en ella. No es sólo el duende, el mito en general, el que le imprime un carácter especial a las tierras colchagüinas, sino ese empecinado alejamiento con que los campesinos de esa región se han mantenido, a pesar de vivir mucho más cerca que los habitantes de otras zonas del centro de Chile. El colchagüino se apega a sus terrones. Huye del maquinismo y hay viejos campesinos que llegaron a los setenta años sin que hubiera poder viviente que los convenciera de subir a un tren. Para ellos el caballo, la carreta y el camino polvoriento que conocen en todos sus detalles, es el ritmo de su vida. Así nacieron y así quieren vivir. Se parecen en eso a sus antepasados españoles que se arrinconan en los pequeños caseríos sin que el resto del mundo les importe un comino. Rafael Fernández, nos describe estas sensaciones de Colchagua con gracia poética y con amenidad de quien está viviendo intensa y gozosamente lo que le cuenta a sus lectores.

«Tierras de Pedro Ramírez» viene a completar el cuadro insinuado en «Estampas del Rapel». Como muchos escritores de renombre universal, nuestro autor encuentra en el venero nativo la más rica cosecha para sus creaciones literarias.

TRES ENSAYOS Y UNA BREVE ANTOLOGÍA POÉTICA.

El Círculo de Amigos de la Cultura Árabe, sigue realizando denodados esfuerzos por demostrar que es una institución viva que realiza una obra, y no un mero nombre en el ambiente intelectual. Conferencias en la Universidad e iniciativas del